

COCTEL DE ESCRITORES

Una importante editorial que está haciéndose notar dentro y fuera del país por su «agresividad» -y perdonen el anglicismo que ya autorizan voces ministeriales, incluso sin comillas-, reunía no hace mucho a nutrido grupo de escritores para celebrar el nacimiento de una nueva colección. Me pareció advertir allí un inteligente designio de no sacar las cosas de quicio, de ser consecuentes con la temática de los libros que iban a bautizarse. Porque testimoniar de España, radiografiar a España en la intención de hacer algo por ella, casarla mal con cualquier gesto suntuario. Había, pues, la contención justa para que aquello no fuese una deslealtad a «la causa», pero sin detrimento de la generosidad que se debe al huésped. Que sea enhorabuena. Por lo demás, un cóctel de escritores es como cualquier otro cóctel, sometido al código de estas asambleas que se celebran principalmente en pie, cerca de una mesa larga. En la ocasión, como siempre, se agotaron en primer lugar los trocitos de jamón, luego los fritos calientes y los canapés, al fin el queso; y sobraron aceitunas. Primero se formaban grupos espontáneos, pero en seguida empezaron a funcionar las afinidades electivas, acaso los intereses. Casi todos nos conocíamos. Quienes no, se cambiaban tarjetas de visita, números de teléfono. «Te mandaré mi último libro». Lo natural.

Pero tampoco es infrecuente que en lugar de juntarse sólo escritores, estos lo hagan con representaciones del público lector: presentación de un título nuevo, firma de ejemplares, coloquios. Tales contactos con el verdadero destinatario de la obra escrita, promueven esta reflexión que no acierto a transcribir sin la nebulosa de la duda: si a quien ejerce autoridad sobre los otros, cualquier clase de autoridad, le conviene o no un cierto alejamiento, una zona de oscuridad o por lo menos de penumbra -de misterio, en una palabra- entre sí y aquellos a quienes se dirige. Por ejemplo, todos conocemos médicos cuya aparente frialdad, un no dar demasiadas explicaciones, forma parte muy consciente de su terapéutica. Y los gobernantes. Aun sin experiencia propia, uno se imagina las frenadas de los hombres públicos a su cordialidad de hombres particulares, en tributo obligatorio a esa distancia que alcanza su expresión plástica en el ceremonial, pero que no deja de estar presente en el despacho de cada día. Pues bien: la misma duda se me plantea al pensar en el artista, más concretamente en el escritor. Hemingway si la tenía resuelta: «La única relación admisible entre el autor y el lector es el libro», Y otros también, pero al revés: «En una sociedad de consumo donde el libro es un valor espiritual pero también una mercancía, el escritor debe aprovechar todas las ocasiones de relación»,

Pero en la práctica de ahora mismo, apenas cabe la opción. Qué maravilla, cultivar y enriquecer el espíritu en una sabia mezcla de soledad y comunicación -que no son buenas las torres de marfil-, de reposo y de actividad, y luego entregarse sobre el papel morosamente o nerviosamente -según cada quien-, hasta ese momento, el más feliz del oficio, cuando las grapas entran en el mazo de las cuartillas y las convierten en un manuscrito, un original; y ya estar empezando otra vez. Qué maravilla, pero qué quimera también. Porque el manuscrito ese hay que colocarlo, hacerlo entrar en el dispositivo editorial. Y aun esto sería lo de menos. Lo grave es que el libro está ya en la calle y tampoco ahora el autor puede desentenderse del destino de su criatura. Hay que arroparla en sus primeros pasos, ayudarla a andar por esos jardines de infancia que son las mesas de novedades de librería, so pena de ver cómo vienen oleadas a apoderarse de los mejores sitios. Hay que hablar y coloquiar, responder preguntas con ingenio, volver a ingeniarse, sin repetición, en las dedicatorias que se estampan. Ni los más grandes escritores se libran. Tampoco es asunto de fronteras. En el mundo británico, por ejemplo, el literato solía no meter ruido más que con su propia obra, realizada quizás a muchas millas de los centros editoriales, contrariamente a lo de Francia o Italia, donde París y Roma eran ya escenarios permanentes y bien iluminados para montar su número el escritor. Ahora también en Londres tienden a exhibir junto al libro, el vivo documento complementario de quien lo engendrara. Y no digamos en Nueva York.

Puesto que las cosas son así, sería injusto regatear una calificación positiva al esfuerzo de quienes promueven el contacto personal del autor con el lector. Aunque lo hagan por un interés propio, prestan un arma a la propagación de la cultura. Lo peor estaría en que el tiempo gastado por el autor en «viajar» el propio artículo, fuese a costa de la auténtica función creadora. Pero no hay razón para subestimar a los escritores. Y menos aún a los españoles. Los escritores españoles suelen ser hombres (y mujeres) hechos al pluriempleo. Y una comisión más...

Antonio PEREIRA